

cana, dentro del estrecho ámbito en el cual los francotiradores anarquistas encaminan con vehemencia sus propósitos, más que a desentrañar virtudes para la Posteridad, a increpar los alelágamos del "asentimiento acrílico" y los mezquinos* enriquecimientos de la "industria de las conciencias". En este punto es fácil recordar a alguno de nuestros grandes proscritos, todos ellos en la feroz batalla solipsista de don Juan de Mairena:

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa: el hombre en todos los sentidos de la palabra: al hombre in genere y al hombre individual, al hombre esencial y al hombre empíricamente dado en circunstancias de lugar y de tiempo, sin excluir al animal humano en sus relaciones con la naturaleza. Pero el hombre masa no existe para nosotros.

Víctor Díaz Arciniega
Alberto Paredes

* Mezquino, na. (Del ár. *mskin*, pobre desgraciado.) adj. Pobre necesitado, falto de lo necesario. Avaro, escaso, miserable. Pequeño, infeliz. m. en la Edad Media, siervo de la gleba, de raza española, a diferencia del exárico, que era de origen moro. (DRAE).

El ejercicio de la libertad

Salvo a escasos lectores, poco les dice a los que en México leen el nombre de Felisberto Hernández. Ciertamente el extraordinario narrador uruguayo nunca se vio favorecido por las resonancias de ese movimiento que, denominado *boom*, sacó a flote a varios escritores relegados (Marechal, Mújica Láinez, Roberto Arlt, por ejemplo) gracias al enorme influjo del movimiento editorial reinante que, luego, decaería desde el mismo instante en que el lugar común ocupó el lugar de la calidad literaria.

Es hasta ahora, luego de 20 años de la muerte del excepcional autor de *Tierras de la memoria*, que en México se edita a Hernández. Tres volúmenes que contienen algo más de 700 páginas en donde puede apreciarse a uno de los mayores creadores literarios de nuestro siglo en América Latina. Pocas son las

páginas si comparamos con otros autores prolíficos, aunque no siempre afortunados. Pero pocas son por lo mismo que Hernández ha puesto en cada frase el sentido fundamental que hace al arte algo más allá de lo inmediato. Desde luego que estamos hablando del verdadero arte.

El hecho de que ahora se publiquen sus *Obras completas* indica que el escritor montevideano ha ganado la batalla en el reto que se jugó de escribir, sobre todo, para la posteridad. Más aún cuando ese reto implicaba, incluso en la posteridad, un público más bien escaso.

En el prólogo a esta primera edición mexicana de Hernández, David Huerta se pregunta y responde: "¿Era consciente del valor de su literatura? ¿No estaba escribiendo con la extraña y sesgada conciencia de quien se sabe un clásico futuro? Hay quienes afirman que le hubiera importado más ser reconocido como intérprete musical o como compositor, aunque en este último campo —la composición— apenas probó las armas, con mediana fortuna. Está fuera de duda, sin embargo, que pese a todo puso toda su pasión y toda su inteligencia en las narraciones maravillosas que nos dejó".

Esto último es quizá lo fundamental y lo que, sin duda, nos ha traído a Felisberto Hernández redivivo; eso que se llama originalidad, maestría, búsqueda y, sobre todo, libertad en la literatura. Y quienes busquen estos rasgos en la obra felisbertiana tendrán que preguntarse, forzosamente, cuál es el motivo de que la producción de uno de los máximos escritores hispanoamericanos de nuestro siglo venga a hablarnos hasta ahora.

Es seguro, para expiación nuestra, que haya sido Europa y no precisamente América Latina el continente que mejor advirtió la trascendencia del arte de Felisberto Hernández. Las pruebas son contundentes. Antologías bastante completas se publicaron en italiano y en francés desde hace ya varios años, mucho antes que en cualquiera de nuestros países en donde, por cierto, si hoy exceptuamos México, la mayoría es abrumadoramente desconocedora del autor de *Las Hortensias*. Así, uno de los más entusiastas admiradores de Hernández, Italo Calvino, escribió: "Felisberto Hernández es un escritor que no se parece a ninguno; a ninguno de los europeos y a ninguno de los lati-

noamericanos; es un 'irregular' que escapa a toda clasificación y encasillamiento pero a cada página se nos presenta como inconfundible". E Ida Vitale, en una entrevista que tuvimos oportunidad de hacerle con motivo de la aparición de las *Obras completas* del escritor uruguayo, señaló que "salvo entre aquellos que sienten que Felisberto pone en discusión algunos principios sin los que ellos no podrían entender el mundo, Felisberto es admirable... Carlos Vaz Ferreira, un gran filósofo uruguayo, uno de los pocos que merecen ese nombre en nuestro continente, escribió una carta-prólogo en la que le auguraba a Felisberto que sería siempre autor de pocos lectores. Quizá porque Vaz Ferreira era escéptico —o realista— y sospechaba que la sutileza, el amor a lo mensurable y a lo lentamente construido no abundaban".

Hay que recordar aquí que fue precisamente Vaz Ferreira uno de los pensadores que más se preocupó por la obra de Hernández, alentándolo a seguir escribiendo e incluso colaborando de forma pragmática cuando en aquel entonces los libros del escritor uruguayo se editaban, sin tapas, gracias a suscripciones de amigos y admiradores.

El lector mexicano tendrá que darse cuenta de lo que Calvino asegura: Felisberto Hernández no se parece a nadie. Y esto, si no me equivoco, solamente puede denominarse originalidad, estilo. Hallará, el lector mexicano, en los tres volúmenes de las *Obras completas* esa literatura que hizo decir lleno de júbilo a Jules Supervielle: "Qué placer he tenido en leer a Ud., en llegar a conocer a un escritor realmente nuevo que alcanza la belleza y aun la grandeza a fuerza de 'humildad ante el asunto'. Ud. alcanza la originalidad sin buscarla en lo más mínimo por una inclinación natural hacia la profundidad. Ud. tiene el sentido innato de lo que será clásico un día. Sus imágenes son siempre significativas y respondiendo a una necesidad están prontas a grabarse en el espíritu. Su narración (*Por los tiempos de Clemente Colling*) contiene páginas dignas de figurar en rigurosas antologías, las hay absolutamente admirables, y lo felicito de todo corazón por habernos dado este libro..."

Nuevamente aparecen aquí esos augurios que hoy por hoy son realidad. El sentido de lo que será clásico un día llama Supervielle a esa maestría de la literatura felisbertiana.

▲ Felisberto Hernández: *Obras completas*. Siglo XXI Editores, México, 1983.

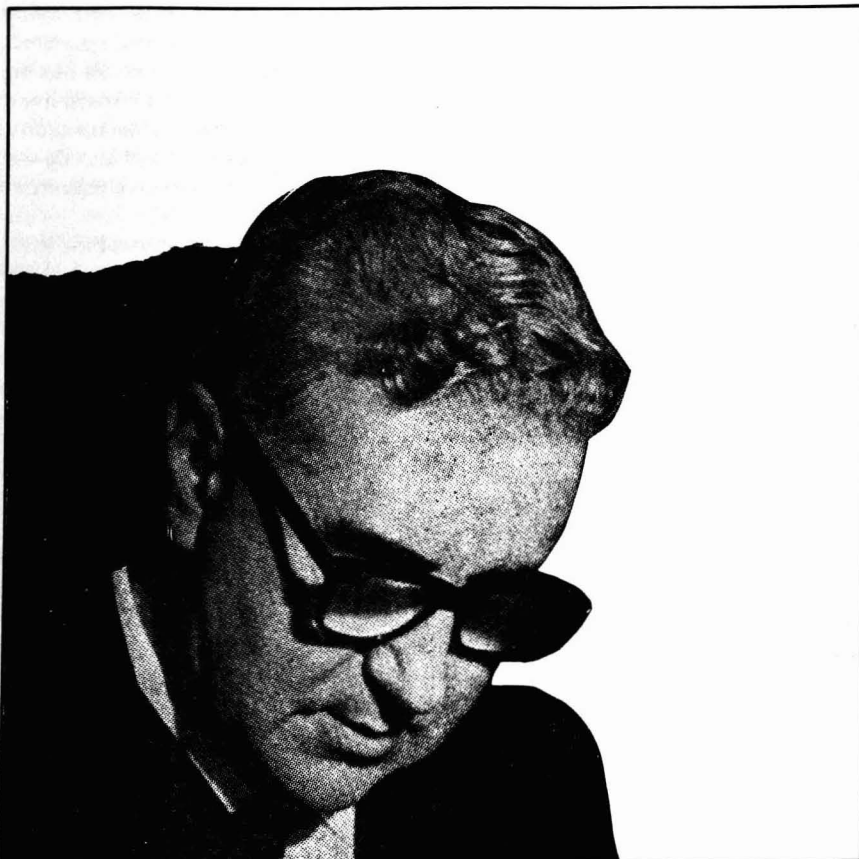
El lector mexicano deberá asombrarse con la literatura sugestiva de Hernández. Porque si algo sorprende y caracteriza a su obra es esa interiorización que rescata lo mejor del individuo en una constante lucha por cuestionar la memoria y la tranquila serenidad.

Es posible que esa marginación en que se tuvo —y aún se tiene, en gran medida— la obra de Hernández se deba a la constante dificultad a que nos somete el escritor para entender lo narrado o para siquiera aprehender algo mínimo, per sin duda valioso, de la realidad existencial.

Es en Hernández en quien mejor se cumple el término de "ciencia de la imaginación" con que Ida Vitale denomina a la literatura. Ciencia de la imaginación que aquí está consagrada por una constante cuestionadora del mundo que de alguna forma va diseminando al individuo. El narrador uruguayo rescata esa conciencia pura, esa interiorización primera —del niño, de lo lúdico— que implica un enorme grado de profundidad. Así, y con la claridad de ese primer espíritu, el escritor uruguayo saca a flote lo mejor que hay en el artista: el ejercicio de la libertad. Ejercicio en todo sentido que, aplicado estrictamente al narrador montevideano, es la consagración de lo imaginativo.

Mucho antes que Sartre, Hernández ya se ve impelido a explicarse la angustia, la soledad, la exteriorización de la conciencia artística. Motivaciones que los escritores inmediatos entierran en lo profundo de un arte menor.

En el tercer volumen de estas *Obras completas* hay una zona dedicada a rescatar los manuscritos y las libretas originales del escritor que arrojan diversas versiones de una misma obra. Es aquí donde más nítidamente puede apreciarse el desarrollo creador de Hernández a lo largo de diversas etapas de suma y sustracción, de resta y enmienda. Es aquí donde la búsqueda intelectual del artista lo lleva a cuestionar no solamente el mundo de la realidad concreta sino que incluso lo conduce al cuestionamiento de su propia actitud cuestionadora. En pureza, la obra de Hernández es una crítica literaria, y por extensión una crítica artística. Teoría y práctica aportan al arte del escritor una complejidad que es difícil observar en las letras latinoamericanas. Por ejemplo, en algún momento la frase ilumina un estado de ausencia: "Estoy inventando algo que todavía no sé lo que



Felisberto Hernández

es..." En otros casos, la conciencia que lo asalta no es otra que esa realidad pasmosa que asombra por lo mismo que no es superficial, sino un más allá de lo inmediato. Entonces el autor se da cuenta de que eso que está inventando va más lejos de la necesidad expresiva: "No debo tener eso que llaman imaginación. Pero creo que ni la necesito..."

Lo que repele a los lectores pragmáticos es, en Hernández, ese espíritu que está constantemente moviéndose. Que no otorga asidero posible, porque no es posible que la explicación del mundo sea sencilla y esquemática. El lector pragmático, acostumbrado a la literatura triturada cuando no al verdadero lugar común, no va a hallar, seguramente, simpatía en la literatura felisbertiana. Mérito es, que no desgracia. El placer del texto no puede sustraerse a esa primaria función de retratar el mundo. Hay que cavarlo, indagarlo y quizá exponerlo en sus más oscuras sinuosidades. No es del todo accidental el hecho de que el propio escritor se considerase un novelista metafísico. Lo que mueve Hernández en un lector que se asoma a sus libros son esos resortes

íntimos capaces de rememorar y de desentrañar. Si no se le entiende como un escritor que está fundando una teoría de la existencia a través del arte, ciertamente no se está entendiendo nada de su literatura.

El primer volumen de esta *summa* contiene un gran apartado bajo el título "Primeras invenciones" en donde se aprecian los primeros breves libros de primeros relatos: *Fulano de Tal*, el famoso y célebre *Libro sin tapas*, *La cara de Ana* y *La envenenada*. Aproximadamente una treintena de narraciones que indican ya las líneas sobre las cuales trazará su escritura el pianista de la novela. También en ese primer volumen se reproducen algunos fragmentos y relatos no agrupados en libro y, finalmente, esa bella novela que elogió Supervielle con entusiasmo: *Por los tiempos de Clemente Colling*. Por su parte, el volumen segundo está conformado por las creaciones fundamentales: *El caballo perdido*, *Nadie encendía las lámparas*, *Las Hortensias* y *La casa inundada*.

El buen lector tendrá, sin duda, que enfrentarse a la realidad más profunda en estas obras. Es aquí donde se apre-

cia en su más alta magnitud la maestría felisbertiana. Es aquí donde la ficción consigue páginas fundamentales para la literatura en lengua española. Esa extraordinaria novela que es *Las Hortensias* es grande sin duda en cualquier idioma siempre y cuando el lector se acerque a ella con la intención de aprehender literatura. La otra intención solamente consistiría en negarla, porque esta novela, como toda la literatura de Hernández, no acepta ni aceptará el término medio, la sustracción.

Inmerso realmente en su obra literaria, Hernández es un caso parecido al de ese otro gran creador que es José Lezama Lima, acostumbrado a nunca abaratar el producto literario con explicaciones simplistas, esquemáticas y sintomáticas de demagogia. Por eso cuando a Lezama se le hacía una pregunta, él respondía con literatura. Lo mismo hace Hernández. Exigido por el editor para "explicar sus cuentos", el narrador accede así: "A pesar de la vigilancia constante y rigurosa de la conciencia, ésta también me es desconocida. Es un momento dado pienso que en un rincón de mí nacerá una planta. La empiezo a acechar creyendo que en ese rincón se ha producido algo raro, pero que podría tener porvenir artístico. Sería feliz si esta idea no fracasara del todo. Sin embargo, debo esperar un tiempo ignorado: no sé cómo hacer germinar la planta, ni cómo favorecer ni cuidar su crecimiento; sólo presiento o deseo que tenga hojas de poesía; o algo que se transforme en poesía si la miran ciertos ojos. Debo cuidar que no ocupe mucho espacio, que no pretenda ser bella o intensa, sino que sea la planta que ella misma esté destinada a ser, y ayudarla a que lo sea. Al mismo tiempo ella crecerá de acuerdo a un contemplador al que no hará mucho caso si él quiere sugerirle demasiadas intenciones o grandezas..."

¿No recuerda, acaso, esto, una hermosa respuesta de Lezama?: "¿Lo que más admiro en un escritor? Que maneje fuerzas que lo arrebaten, que parezca que van a destruirlo. Que se apodere de ese reto y disuelva la resistencia. Que destruya el lenguaje y que cree el lenguaje. Que durante el día no tenga pasado y que por la noche sea milenario. Que le guste la granada que nunca ha probado y que le guste la guayaba que prueba todos los días. Que se acerque a las cosas por *apetito* y que se aleje por *repugnancia*". Muy bien éste

podría ser el elogio de Felisberto Hernández.

El último volumen de las *Obras completas* incluye dos libros excepcionales: *Tierras de la memoria* y *Diario del sinvergüenza*. Toda la fuerza del contenido existencial se halla en estas dos obras que hablan en gran medida del propio transcurrir por el mundo de ese genial pianista; genial no tanto por el piano sino más bien por la literatura.

Concluyen las *Obras completas* con las "Últimas invenciones": narraciones dispersas y fragmentos que completan el panorama de la creación de un escritor mayor en todo sentido; ese gran artista que en la profundización cuestionadora de la existencia termina, por decirlo así, con una rara visión inacabable de la búsqueda. Un párrafo suyo en *Tierras de la memoria* puede muy bien ser la caracterización del espíritu de un hombre y de un artista, inseparable un término de otro, que al emprender un largo viaje nos recuerda: "Y cuando el ferrocarril dejó atrás todos los tanques y volví a mirar el cielo no me parecía que él perteneciera a las tierras que tenía debajo, sino que era el cielo de otros lugares que había más adelante y que todavía no conocía".

Juan Domingo Argüelles

La colección privada de Monterroso

Es un índice de la facilidad con que nos equivocamos en literatura y confundimos el ruido con las nueces, el que, hasta hoy, pese al esfuerzo aislado de algunos, no hayamos sido capaces de reconocer que Augusto Monterroso es uno de los mejores prosistas de nuestra lengua y que la gente ignore su nombre cuando se habla de escritores hispanoamericanos. De muy pocos se puede decir, como de él, que casi cada

¹Menciono dos: el cuaderno *Monterroso* publicado como anejo de *Texto crítico*, en 1976; y la recopilación de entrevistas y comentarios *Viaje al centro de la fábula* (México: UNAM, 1981).

▲ Augusto Monterroso: *La palabra mágica*. Era, México, 1983.

una de sus páginas es sencillamente perfecta y, al mismo tiempo, que tiendan a serlo de un modo discreto: no buscan nuestro aplauso, sino nuestro placer; producido éste, parecen disolverse en su propio encanto, impalpable como un recuerdo.

Hay que admitir que, en cierta medida, el propio Monterroso es culpable de esa situación. Primero, porque no sólo su obra es breve (unos cinco libros publicados desde 1959 hasta hoy, la mayoría de ellos breves también), sino porque su contenido sugiere, a la mirada superficial, la insignificancia o la minoridad: relatos de una o dos páginas (hay uno, célebre, de sólo una frase), cuentecillos que no se animan del todo a ser cuentos, fábulas con moraleja y todo, ensayos homeopáticos sobre asuntos peregrinos, viñetas e instantáneas, páginas sueltas que parecen escapársele de los bolsillos. En ese arte fragmentario y disperso en el que el libro es un accidente, pocos ven un centro, una imagen reconocible del autor y su mundo, pese a lo que él ha dicho en uno de sus aforismos: "Un fragmento es a veces más pensamiento que todo un libro moderno". Segundo, porque Monterroso ha sido comúnmente clasificado (contando con su complicidad) como un escritor humorístico y —ya se sabe— el humor suele ser considerado, aun por personas inteligentes, como algo que no puede ser literatura *seria*. Un poco como el género detectivesco o la ciencia-ficción, pasa generalmente por ser una expresión estética de segundo orden. Es un prejuicio heredado de la preceptiva clásica, según la cual había géneros "elevados" y otros "bajos", imposibles de confundir; lo curioso es que hoy siga existiendo, a pesar de Rabelais, la picaresca; Cervantes, Swift, Sterne, Lewis Carroll, Shaw y tantos otros.

La tercera razón —quizá la más importante— es una combinación de las otras dos: el primero que no se toma en serio es Monterroso, que continuamente autoironiza sobre la parquedad de su obra, como lo hace en ese título espléndido de su primer libro: *Obras completas (y otros cuentos)*; sobre la cómica distancia que hay entre lo que un escritor persigue y lo que logra, mayor si cree que lo ha alcanzado; sobre su certeza de que "la mejor manera de dejar de interesarse por las obras de los otros autores consiste en conocer personalmente a éstos"; incluso sobre su